

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 12 de Diciembre de 1879.

El Honor de un Medinense.

TIPOS HERÓICOS.

El 19 de Julio del año de gracia mil ciento noventa y cinco, miércoles, fué un día de luto para España de duelo para toda la cristiandad.

Los satélites de Mahoma habían obtenido un triunfo sobre los soldados de la Cruz.

Dos poderosos ejércitos, uno de ellos inmensamente más poderoso que el otro, habían reñido sangrienta batalla; y el estandarte de Castilla quedó humillado bajo los pies de los bridones agarenos.

Cien mil caballos y trescientos mil peones, se dice trajo Abenjuzeph Mazemuto á la contienda. El Rey don Alfonso, no aviniéndose á esperar los auxilios de navarros y leoneses, entró en ella solo con sus castellanos.

Grande fué el ardor; mayor el coraje con que se peleó de una y otra parte; moros y cristianos, más que por la fé de sus creencias, luchaban por el honor de la victoria y por la codicia del botín. El valeroso D. Alfonso, envuelto entre el torbellino de los combatientes, á punto estuvo de sucumbir al golpe de la cimitarra; en lagos de sangre revolcábanse cascos y turbantes; la tierra parecía como que retemblaba bajo los oleages del combate y del fiero galopar de los corceles; por doquiera, cien y cien mil brazos, levantados para descargar la muerte.

El heroísmo castellano quedó como anonadado; y la muchedumbre triunfó sobre los menos.

Tal fué la desdichada batalla de Alarcos.

Habian pasado tres años del anterior suceso.

En una pobre vivienda, situada no lejos de la ciudad de Medina, y en un reducido aposento, sin otro mueblaje que un vetustosillon, yacía tendido en miserable lecho un hombre, no muy entrado en años todavía, pero de crecida y cana cabellera y luenga barba. Su vestido era un tosco sayal; pero una armadura guerrera que pendía de una de las paredes del aposento, daba á entender la profesion de aquel extraño personaje.

Era una calurosa noche del mes de Agosto del año mil ciento noventa y ocho; el sol de la tarde se había ocultado tras negros nubarrones; que se abrieron en menuda lluvia.

Tres jóvenes hidalgos, calados de pies á cabeza, precedidos de un escudero, llaman ansiosos á la puerta de aquella casa.

La puerta se abre, y una voz de muger, entrecortada por los sollozos, dice: hijos míos! vuestro padre está enfermo y os llama.

—Acercaos, hijos míos les dice este, al divisarlos; y los jóvenes se arrojaron sobre el lecho de su padre y le besaron respetuosamente la mano.

—Voy á morir, continuó el enfermo pero ántes quiero esplicaros la causa que me ha traído á sepultarme en vida entre estas cuatro paredes, y á encomendaros al mismo tiempo, mi última voluntad. A tal fin os he llamado; escuchad.

Hace tres años salí de Medina con su brava infantería á engrosar los ejércitos de nuestro buen rey D. Alfonso que marchaban al encuentro de Abenjuzeph; y con él dimos junto á la ciudad de Alarcos. ¡Terrible fué el choque! Yo llevaba, como capitán la bandera de mi pueblo, y al grito de ¡Santiago! ¡tierra España! me lancé denodado allí donde más fiero estaba la pelea; pero ¡ay! los agarenos eran innumerables como las arenas de sus desiertos, y bien pronto me vi solo y acometido de gran muche-

dumbre de enemigos, en estrecho círculo que era imposible romper.

—Cristiano dá esta bandera, me decian, al mismo tiempo que amagaban mi cabeza, con sus corvas cimitarras.

—Perros, antes la muerte; y de un mandoble hice morder el polvo al que, más osado, se atrevió á llegar hasta mí.

Entónces sus compañeros me acometen á una, y me hieren; y con una parte de mi mano izquierda pierdo la gloriosa enseña, que en vano quise recuperar con la derecha; seis hombres me la arrebatán y danse á huir con ella, como su mejor conquista, dejándome solo y tendido en tierra. ¡Ira de Dios! ¡quitar la bandera á un medinense! ¡Valiera más me hubieran quitado antes la vida!

¡Ah de mis valientes! grité á mis soldados; pero en vano; todos habían muerto.

Entónces miré en mi derredor, y entre el polvo de los escuadrones pude divisar donde se hallaba D. Alfonso, hice un esfuerzo y aun pude llegar á tiempo de castigar la leve mano que se atrevió á descargar sobre mi rey. Un jefe moro acababa de herirle tuíme á él y atravesándole el pecho con mi espada le hice saborear amarga muerte en su victoria.

En estos momentos una salvaje gritería, que atronadora se alzaba de uno á otro extremo del campamento enemigo, anunció el triunfo de los hijos de Mahoma. Entónces sin soldados, herido, volver á mi pueblo sin su bandera, aquella enseña para mi tan querida, á cuya sombra había ganado tanta honra y prez para Medina,.... impulsos tuve de haberme dado la muerte con mi propia espada; pero pensé en vuestra madre, la tierna compañera de mi vida; pensé en vosotros.... y lloré por primera vez en mi edad de hombre.

Entónces, hijos míos, hice un juramento, un voto solemne, cual fué el de no entrar en los estados de la

ciudad de Medina, ni vestir seda, ni cortarme el cabello ni la barba, hasta ganar estandarte enemigo; y habitar mientras tanto este humilde cuarto, vestido de tosco sayal.

Dios en su santa voluntad no ha querido concederme su cumplimiento; pero al llamarme así, me deja el consuelo de mis hijos que sabrán cumplir religiosamente lo que deben á Dios y al honor de su padre.

Sancho, tú, como el mayor de ellos júrame por Dios y su Santísima madre, por el Rey y el honor de Medina, cumplir en un todo la promesa de tu padre.

El joven puesta su mano derecha sobre el corazón, contestóle.

—Yo os lo juro, padre mio; juro por Dios que me oye; por la Virgen Santísima; por el Rey, por el honor de Medina, por vuestra salvacion y la mia ejecutar en todas sus partes el deber á que estais sujeto por medio de un juramento.

—Si así lo haceis, repuso el padre, Dios te lo premie con su bendicion, como yo te doy la mia, y sinó que te lo demande. Berengario, Roman continuó, dirigiéndose á los otros dos hijos, me prometis cumplirlo vosotros á falta de vuestro hermano?

—Sí, lo juramos.

Momentos despues Luis Díez que así se llamaba el héroe de la anterior escena, espiraba entre los brazos de Blanca, su esposa y de sus queridos hijos; y en sus postrimeros instantes, cuando el alma, próxima á escaparse de aquel frágil vaso, había reconcentrado en sus labios los últimos acentos de la vida, aun se le oyeron, entremezcladas con las preces de su fé, las palabras honor, juramento.

El cielo que tan contrario se mostrara al D. Alfonso en la batalla de

COLLETTIN DEL ECO DE CARTAGENA.
DIA 12 DICIEMBRE 1879.

—4—

UNA VELADA EN EL MAR ROJO.

EPISODIOS INVEROSIMILES
POR ISIDORO MARTINEZ RIZO.

que eso de calzar batas de montar es algo incompatible con la delicadeza de una dama. Otra cosa sería si cabalgara V. conmigo; yo guiaría al avestruz y V. solo teudría que asegurarse á mi cintura.

—E, bien sensible, por mi vida,—dijo un almirarado, madrileño dirigiendo sus ojos á una joven,—que ese señor inglés venga solo de Aden; de haber hecho el viage desde la capital de Filipinas habriamos visto

grandes cosas con sus magníficos gemelos.

Ni una sola palabra profería mister Torky. En su fisonomía no se manifestaba el menor sintoma que indicara disgusto; ántes bien, á cada nueva puya que le era dirigida mostraba una satisfaccion disimulada con que logró intranquilizarme.

Por fin rompió el silencio.

—Señores;—empezó—el hecho que llama tanto la atencion de Vdes. es harto conocido entre las gentes cultas y estudiosas, (movimiento expresivo en todo el auditorio.) Aquí, bajo mi mano,—continuó levantándose, y cogiendo un volumen que estaba en su cercano camarote,—en este bello libro del publicista, señor Chao que trata de la Zoología, en su tratado de las aves, orden cuarto, familia de las Zancudas Brevipenas y

género avestruz, página 576 de la edicion de Madrid de 1854, dice:

Y al decir esto mister Torky se interrumpió un momento y añadió:

—Yo no acierto á leer el castellano con la debida propiedad, pero esta amable señorita....

Y alargó el libro á su vecina quien con un timbre encantador empezó la lectura de este modo:

«Mas no solamente se les domestica (á los avestruces,) sinó que tambien se ha llegado á domar algunos hasta el punto de poder ir montado en ellos como en un caballo, lo cual tampoco es invencion moderna, pues el tirano Firmio, que reinaba en Egipto hácia fines del siglo III, se hacia llevar por grandes avestruces. El inglés Moore dice que hallándose en Africa vió en Joar á un hombre que viajaba sobre una de estas

aves. Vallisnieri habla de cierto joven que se habia presentado en Venecia montado encima de un avestruz con el cual daba varias vueltas delante del populacho; y por último, Adanson vió dos avestruces todavía muy jóvenes en la factoría de Rodor, el más robusto de los cuales aventajaba en su veloz carrera al mejor caballo inglés, sin embargo de que llevaba dos negros encima. Así pues....»

—Basta, mi amable señorita,—dijo el inglés á la lectora recogiendo el libro y alargándole otro,—Hé aquí otro tomo,—continuó,—una lindísima novela del gran naturalista Meyne - Reid. Llámase esta «Los Cazadores de Girafas» y allí dice el sábio autor que los avestruces tienen una fuerza extraordinaria, que pueden correr con paso rápido